

OTRA, postales de migración

De Lucía Zanfardini, Guillermo Riegelhaupt y Gustavo Bendersky

AMANDA: Lucía Zanfardini

MIGRANTE, POLICÍA, VERDULERO, EMPLEADO DE ADUANA, BOLETERO, CHOFER, INSPECTOR, MÉDICO, HÉCTOR, MAESTRO: Guillermo Riegelhaupt

DIRECCIÓN: Gustavo Bendersky

Espectáculo estrenado el 9 de octubre de 2021 en el Teatro El Tubo (Viedma, Río Negro)

Al ingresar al espacio, el público se encuentra con un conjunto de sillas de madera que cuelgan del techo, una enganchada a otra, formando una suerte de cascada o pila que se derrama en el piso hacia adelante. Una mujer y un hombre –cada uno con un atadito donde parecen llevar todas sus pertenencias- están parados, de frente al público, bajo las sillas. Miran hacia arriba y se relacionan con las sillas: las rodean, les susurran cosas. Finalmente llega un momento en el cual se encuentran en la mirada e intentan tocarse las manos. Juegan a desarmar la pila desde abajo hacia arriba, con algo de temor y a la vez de complicidad, como si por fuera de esa atmósfera efímera de complicidad los acechase un exterior amenazante e incierto. Dejan dos sillas adelante y vuelven rápidamente a la pila. Sacan otras dos, las dejan alejadas y vuelven. Luego juegan a balancear la pila colgada de sillas. Paulatinamente van encontrando los modos de desarmar completamente la torre de sillas y las van distribuyendo por el espacio, hasta que queda una sola colgada. Al no poder alcanzarla, se sientan en las dos que están al frente de escena. Se sientan con evidente satisfacción y descansan. Él saca un puñado de tierra de su bolsillo y lo deposita en la palma de ella, que lo recibe asombrada y sonriente. Él sale de escena antes que ella se de cuenta. Ella se dirige hacia otro sector del espacio y extiende un paño donde coloca cuidadosamente artículos para la venta, cuya única característica en común es la diversidad. Allí hay un candelabro y unas pavas evidentemente arruinadas, pastillas y pomadas, artículos de librería y algunas frutas y verduras. Evidenciando que es una acción cotidiana, casi rutinaria, termina de armar su puesto de venta mientras parece hablarle a una fotografía o estampita que lleva consigo en una pequeña carterita contra el pecho, y que de tanto en tanto extrae apenas para poder mirarla y conversar con ella. Cada tanto registra lo que pasa en la vereda.

Desde atrás, aparece él, uniformado como un policía, inicia la ronda y la ve. Con cierto grado de violencia, organiza con las sillas una demarcación de la escena de venta que puede parecer también un cerco. Se acerca, saca fotos con su celular sin intentar siquiera disimular.

Diálogo Amanda – Policía

Policía: Buenos días.

Mujer: Buen día.

Policía: ¿Vende todo eso?

Mujer: Sí.

Policía: ¿Vino sola?

Mujer: Sí.

Policía: No le conviene andar sola. ¿Tiene dónde parar?

Mujer: Sí.

Policía recorre el paño, toca algunos objetos. Toma una fruta y comienza a comerla.

Mujer: 20 pesos sale esa.

Policía: ajá... ¿qué tiene ahí? A ver... (Por la carterita que ella lleva colgada. Chasquea los dedos apurándola. Revisa los documentos y papeles que ella le alcanza). Ajá, tiene el nuevo... ¿Qué más tiene ahí? ¡Déme eso! (le saca la carterita y revisa adentro. Huele. Le devuelve las cosas y se le caen. Finalmente la reduce en el piso y la estira para que ella quede “exhibida” como al resto de la mercadería).

Policía: Tranquila, no pasa nada. Es rutina. (Saca fotos. Le incauta la mercadería, menos la verdura y la carterita).

Mujer: No, no se lleve eso!

Policía: No se preocupe, es rutina. Continúe.

Ella rápidamente se rearma, acomoda el puesto con lo poquísimo que le ha quedado y la vemos volver a la acción de la venta. Luego de unos segundos comienza a desarmar parcialmente el cerco de sillas (se lleva un par) que la rodeaba en un intento por tratar de reconstruir aquella torre de sillas que llegaba hasta el cielo, que vimos al inicio del espectáculo. A partir de ese momento, la veremos regresar varias veces al sitio donde estaba erigida la torre. Y de diversos modos, con distintas estrategias, la veremos intentar una y otra vez reconstruir esa torre que conecta el piso con el techo, o el suelo con el cielo.

Mientras tanto él dispone las sillas de modo tal que hace aparecer un sendero de madera que conecta el fondo del escenario el sector ubicado adelante a la izquierda, donde se sienta con cierto aire displicente y desapasionado, poniéndose una gorra blanca y algo sucia. Cuenta y ordena un manojo de billetes. Reingresa ella con su atadito y una sonrisa amable que mal disimula el largo rato que lleva esperando afuera.

Diálogo Amanda – Comprador de fruta

Mujer: Hola, buenas tardes.

Comprador: Tardes.

Mujer: Tres horas nos tuvieron esperando afuera... eh...

Comprador: ...

Mujer: Bueno, acá le traigo: dos bolsas de cebolla (muestra una manzana), tres de papa, muy buena (muestra una berenjena), tengo tres también de manzana (muestra una naranja), cuatro de zapallito verde (muestra una papa) y una de estos limones (muestra una cebolla). Estos se los dejo de regalo porque son medio chicos. Saqué la cuenta... serían unos tres mil quinientos pesos, más o menos.

Comprador: ajá... (guarda la fruta y verdura en el bolsón de tela, mientras calcula su valor).

Él le extiende un billete que evidentemente no representa el monto de dinero que ella le acaba de decir, sino muchísimo menos. La pausa y el silencio que se genera en esta imagen prácticamente estática develan una tensión que –sin embargo– se resuelve con el brusco manotón con el que ella le arrebató el dinero y se queda un momento de espaldas mirando el dinero y la pila de sillas/recuerdos. Él se va y se le caen unos billetes. Ella regresa, ve los billetes y se los agarra. Se dirige al sector de la tierra, cuenta los billetes y los esconde bajo el montón de tierra. Lo comenta con la fotografía de Roberto.

Él ya ha montado –siempre utilizando las sillas– un espacio que pareciese ser una oficina pública. Al llegar ella al sitio, se abre estrepitosamente una pequeña ventana a través de la cual aparece el rostro de él.

Diálogo Amanda – Empleado de Aduana.

Empleado: Buenas.

Mujer: Buenas tardes.

Él extiende la mano pidiéndole el documento.

Mujer: Sí (lo entrega con duda, como si temiera incurrir en alguna falta).

Empleado: Ah... es el nuevo (lo verifica), pero... ajá... casi. (Se lo devuelve y ella cree que no podrá pasar). Bienvenida.

Ella festeja que ha logrado pasar la Aduana. Gira alrededor de la torre de sillas y se dirige hacia la montañita de tierra, donde juega a preparar el terreno en miniatura, donde construiría su casa.

Mientras tanto él ha construido –siempre utilizando nuevos modos y disposiciones de las sillas– otra estructura que funcionará como boletería. Ella llega a comprar en el momento exacto en el que él ha comenzado a escuchar un chamamé desde su celular.

Diálogo Amanda – Boletero.

Mujer: Hola.

Boletero: Hola.

Mujer: ¿Me da un boleto para el colectivo? ¿Dónde para?

Él señala con la mano el lugar de la parada. Mientras ella mira la parada él le extiende una tarjeta SUBE, que apoya en la mesa.

Mujer: ¿Me da el boleto?

Con una seña él le indica que el boleto es la tarjeta.

Mujer: Ah... ¿Cuánto es?

Él le señala un supuesto cartel con los precios. Ella mira el cartel buscando la tarifa, saca el dinero de su carterita e intenta pagar sin saber muy bien cuánto vale cada billete.

Boletero: (pierde la paciencia) Permiso (le arrebató el manojito de billetes para cobrarse la tarjeta y le devuelve el resto del dinero) Ya sale, eh.

Mujer: (sonríe al ver que le devuelve dinero) Gracias. Hasta luego.

Ella se dirige hacia la parada del colectivo y comienza a pensar nuevamente en su sueño. Alisa el terreno, acomoda los postes y dibuja el croquis. Prueba posibilidades. Él en la penumbra arma el colectivo. Anuncia que salen hacia la terminal. Ella interrumpe su conversación con la foto, se sobresalta y se apresura a ingresar al colectivo. Se va a sentar, pero el chofer le recuerda que debe pagar el boleto.

Diálogo Amanda – Chofer.

Chofer: Tiene que pagar.

Mujer: Ah, sí (le entrega la tarjeta SUBE).

Chofer: En la máquina (ella no sabe qué hacer con la tarjeta). Tiene que pasarla por la máquina.

Él la mira con desprecio, se para y aleja la silla en la que ella se iba a sentar. Mientras, ella revolea la tarjeta sobre la máquina sin entender qué hacer o qué esperar. Lo intenta varias veces, pasa de

diferentes maneras la tarjeta por la máquina hasta que al parecer finalmente lo logra. Al ir a sentarse, ella descubre que la silla que había elegido está separada del resto de los asientos del colectivo. No entiende del todo por qué ha pasado esto, pero se sienta y retoma la conversación con su foto. Aparece el Inspector (que es el chofer convertido) pidiendo los boletos, recorriendo el pasillo del colectivo hasta que llega a ella.

Diálogo Amanda – Inspector

Inspector: ¡Boletooooo! Boleto, por favor. Gracias (Repite el pedido en cada fila de asientos. Hace la acción de perforar boletos imaginarios que le entregan supuestos pasajers).

Mujer: (guarda la foto con algo de vergüenza y busca el papel que le dio la máquina) Tome.

Inspector: (Mira el boleto) Se pasó. Va a tener que pagar el tramo de la Terminal hasta acá.

Mujer: (sorprendida) Pero si yo ya pagué.

Inspector: Sí, pero pagó hasta la Terminal. Se pasó. Va a tener que pagar el tramo que falta. Le paga al chofer y sigue viaje.

Mujer: (le habla aunque el Inspector se va y se transforma en el chofer) ¿Cómo voy a pagar de nuevo? Ya pagué yo. Además yo le dije que iba a la Terminal y él no me avisó que habíamos llegado a la Terminal. Entonces, ¿por qué voy a pagar de nuevo si él no me avisó?

Inspector: Eso lo arregla con el chofer. Pero si no va a pagar la tengo que bajar.

Mujer: Cómo que tengo que pagar de nuevo si yo ya pagué. Yo le dije que iba a la Terminal y no me avisó nada. Dos veces le dije “a la terminal, a la terminal”.

Inspector: ¿Va a pagar o no va a pagar?

Mujer: ¿Cómo voy a pagar de nuevo? Si yo ya pagué...

Inspector: Si no paga la tengo que bajar. Si no paga, la tengo que bajar.

Ella arremete y repite una y otra vez sus argumentos. Él no insiste más de dos o tres veces, la carga sobre su hombro y camina por el espacio empujando las sillas con las piernas de ella, mientras masculla enojado. Él la saca de escena. Luego, vuelve a armar la oficina de la Aduana con las sillas tiradas. Va nuevamente a la Aduana, donde de nuevo vemos que la ventanilla se abre y aparece él extendiendo la mano.

Diálogo Amanda – empleado de Aduana

Mujer: Buenas (le entrega un documento).

Empleado: Buenas (revisa el documento). Ah... ¿el nuevo?

Mujer: Ah sí...

Empleado: (Revisa el otro documento). Mmm... ¿y el nuevo nuevo?

Mujer: Mmm (ella revisa nerviosa su carterita, saca papeles y tarjetas) No. No tengo otro. Ese es el nuevo...

Empleado: Ah... bueno, hasta luego (cierra abruptamente la ventanilla).

Mujer: (Ella intenta frenarlo) ¡No, pero...!

Luego de que se cierra la ventanilla ella queda confundida y molesta. Se roba una silla y se sienta en la zona de la torre de sillas. Comienza a dolerle la panza. En ese momento aparece el doctor, quien se dirige al frente de escena hablando en voz alta y estridente por teléfono. Ella se le acerca y espera ser atendida. Como no la atiende, ella le habla e insiste. Evidentemente molesto el doctor corta la llamada y procede a atenderla.

Diálogo Amanda – Médico.

Mujer: (Con la mano en la boca del estómago) Panza.

Médico: (la corrige) Estómago. (Él la revisa sin pedir permiso, extiende la mano pidiéndole un atadito de yuyos que tiene ella. Se lo entrega y él la desaprueba. A cambio le da medicamentos). Cada 12 horas. Con las comidas. Para dormir, sólo por tres días.

Luego de darle los medicamentos vuelve a sacar el celular y se va, retomando la conversación. Apenas hubo concluido la situación con el médico, ella regresa a la torre de sillas, se para sobre una de ellas intentando llegar a la que está colgada. Ni bien ha comenzado esta acción, él le pregunta si quiere ganarse un poco de dinero. Ella acepta y le lanza sillas a él que las acomoda en una nueva disposición para delimitar la zona de espera de una terminal de ómnibus. Él le paga y se va, pero antes ella extrae de su atadito dos bolsas de agua y le pregunta si puede vender. Él parece sorprenderse ante la pregunta, como si no fuese un atributo suyo el permitir o prohibir la venta en ese lugar, pero finalmente opta por decirle que sí y desaparece.

Ella comienza a vender gritando “agua, agua”. Aparece él ataviado con un gorro de lana, una campera marrón y en la mano un maletín. Ella lo advierte, le muestra las bolsas y lo sigue rodeando la sala de espera. Él se sienta.

Diálogo Amanda – Héctor.

Mujer: ¿Agua?

Héctor: ¿Cómo?

Mujer: Si quiere agua.

Héctor: Ah... ¿vende agua?

Mujer: (Mira alrededor para visualizar otros clientes) Sí.

Héctor: Y ¿siempre vende acá? No la había visto. Yo siempre vengo acá. Vivo por acá, trabajo por acá.

Mujer: (Sorprendida) Sí.

Héctor: Y el agua... ¿es fresca? o...

Mujer: Al tiempo, sí.

Héctor: Ah... al tiempo. Pero fresca ¿no? Acá venía siempre una señora que vendía en su carrito. Vendía café. Tenía unos termos. Y agua para mate. ¿Usted toma mate?

Mujer: (Ofendida) Sí, claro que tomo mate.

Héctor: Se toma con agua caliente el mate. Y usted ¿no vende agua caliente?

Mujer: Y, no, con las bolsas, no.

Héctor: Claro, las bolsas...

Mujer: ¿Va a comprar o no va a comprar?

Héctor: Sí, sí.

Mujer: Esta sale 75 y esta, 100.

Héctor: Permiso, eh... (toca una de las bolsas). Claro... al tiempo. Disculpe el atrevimiento. Mi nombre es Héctor (se queda esperando su respuesta).

Mujer: (Se demora sin entender) Amanda.

Héctor: Aaamanda... sualidad... sualidad.

Mujer: ¿Eh?

Héctor: Rendidora, eh! Yo tomo a veces...

Mujer: ¡¿Cómo dice?!

Héctor: A mi me gusta Romance. Es más intensa.

Mujer: Ah, usted me está tomando el pelo (se aleja).

Héctor: No, no... no se ofenda. Es la yerba, la yerba para el mate.

Mujer: ¿Va a comprar, entonces?

Héctor: Sí, claro. La de 75. (Ella le da la bolsa. Él la toma y simultáneamente abre el maletín, saca una botellita de agua mineral y guarda la bolsa en su lugar. Luego saca dos vasos y sirve agua. Le da uno a ella y toman). ¡Fresca! Rica ¿eh!?

Mujer: (Ella bebe casi con desesperación) Gracias. (Le devuelve el vaso y se lo queda mirando).

Héctor: No hay por qué. Bueno... yo ya... si no voy a perder el... (señala un lugar, la parada de colectivos).

Mujer: ¿Me va a pagar?

Héctor: (Avergonzado) Ah, sí. Disculpeme...

Él intenta sacar el dinero, pero tiene las manos ocupadas. Le da el maletín a ella para que lo sostenga. Ella juega a que el maletín es suyo sin que él la vea. Sacar un billete y le paga.

Héctor: Bueno ya... se me va el... Un gusto, Amanda (le da la mano y amaga a besarla pero no la besa).

Mujer: (Sonrojada) Hasta luego, Héctor.

Él se va, ella se sobresalta, saca el portarretrato de la cartera y le habla, como pidiéndole disculpas. Se dirige al montículo de tierra y termina de construir su sueño sobre la tierra. Arma su casa, su hogar.

Diálogo Amanda – Maestro.

Maestro: Buenos días. (Habla mientras ambos arman el aula con las sillas de la terminal. Él pone unos carteles con los números 1, 2 y 3 en las sillas de su lado. Se forma un podio-escritorio). ¿Qué tal pasaron el finde? Salieron de paseo con sus familias, a comer afuera... al cine? Bueno, hoy les traje material para trabajar. Pero antes vamos a ver las tareas que tenían para hacer. Voy a ir mirando en sus cuadernos lo que hicieron. A ver... (se acerca a ella y le pide su cuaderno). ¡Ajá!

Él mira sorprendido el cuaderno, la mira a ella, lo vuelve a mirar. Ella, un poco contenta y otro poco expectante, espera el veredicto del maestro. Mira a sus compañerxs, lo vuelve a mirar a él.

Maestro: ¡Muy bien! ¡Muy bien! Excelente. La compañerita hizo más de una tarea. Hizo cuatro. Muy bien. Es un ejemplo que tenemos que seguir. Venga, pase al frente. Hoy es la mejor alumna del curso. Es la primera en terminar. Se merece un aplauso.

El maestro la hace pasar al frente. Ella, con algo de vergüenza y emoción, se para al lado de él. Ambos aplauden. Ella se tapa la cara con media mano. En el aplauso, se emociona cada vez más y con algo de euforia se sube al podio-escritorio para ocupar el primer lugar. Él la carga sobre sus hombros para sacarla de la mesa y la deposita en el suelo mientras ambos siguen aplaudiendo.

Maestro: No. ¡Eso no es para usted!

Ella rápidamente vuelve a trepar arriba de la mesa, sin dejar de aplaudir. Él la vuelve a bajar y la sienta en una de las sillas, alrededor de la cual forma un círculo con las demás sillas, en torno a ella. Las sillas orientadas hacia ella generan la sensación de que todos la están observando. Él sale del espacio. Se escucha el sonido de la pala escarbando en la tierra. Ella mira a las distintas sillas hasta que se concentra en tres y en un raptó de ira, las tira al piso empujándoles el respaldo, como si matara a alguien. Esa metáfora se refuerza cuando ella toma las patas de la silla y las arrastra hasta la base de lo que será un bloque de sillas apiladas. Él reingresa al escenario y la mira arrastrar la silla/cuerpo. En un acto de complicidad, él le pasa las sillas para ir armar un bloque de sillas apiladas, todas plegadas, una encima de la otra. Sobre ellas se sientan lxs dos, parecen descansar.

Lentamente ella se va quedando dormida en el hombro de él. Él la alza y la conduce hasta el montoncito de tierra. Él vuelve a armar el sendero/torre de sillas. Se sienta un momento, observa, deja un puñado de tierra que saca del bolsillo y se va por delante.

Ella se incorpora, sonríe, mira y sale hacia atrás.

Se abre un sector del telón de fondo, donde se la ve a ella cavar con la pala.

Monólogo final Amanda.

Le diría que no se calle, primero que no se calle.

Que no llorara, en ese momento que subí al bondi.

Le diría que no estoy arrepentida de nada

Nada de lo que dije ni de lo que hice.

Le diría que va a poder estudiar,

que va a poder tener una vida nueva,

que vienen cosas buenas.

Que no se deje golpear,

que no se deje, que no se deje

porque ella puede,

es fuerte y que ella puede salir adelante.

Le diría que no tenga miedo y que se lance,

que lo va a conseguir; gran parte de las inseguridades,

de los miedos, las ilusiones que tenía, mucho de eso lo consigue.

Le diría que no se deje.

Que lo saque al miedo de adentro, que no tenga miedo,

que salga adelante y que luche.

Y si tiene que dejar a su pareja que lo dejara.

Le diría que no se dejara.

Que deje un poco de equipaje,

que basta de meter cosas en la maleta.

Le diría que sea ella.

Que si no hubiese tomado la decisión no hubiese terminado la escuela.

Que es el gran paso de su vida,

que van a ser los años más felices.

Que sea ella...

Le diría que hable, que se abra y no tenga miedo

a enfrentar al mundo.

Que el mundo está dispuesto a recibirla.

APAGÓN.